

Fuera de la Ciudadela.¹ El escritor, la literatura, el psicoanalista, (y) el psicoanálisis

Luz María Porras*

*“Un poema no debe decir que llueve.
Debe hacer que llueva”.*
P. Valéry

Estas reflexiones surgen de la novela *“Fuego rebelde”* del Prof. Omar Moreira (1969, Nota1), ***a quien agradezco la gentileza de compartir conmigo aspectos personales que dieron lugar al texto que escribo.***

La literatura da cuenta *per se* del texto, del escritor y del lector; el psicoanálisis da cuenta de los procesos psíquicos concientes e inconcientes por lo tanto incluye a estos protagonistas.

Green en 1973 formula el concepto de *inconciente del texto* que escapa al del autor y que en todo caso queda involucrado en el espacio transicional entre el lector y el texto.

“Desde entonces la crítica psicoanalítica no tiene chances de alcanzar su verdadero objeto más que si ella se plantea, desde el punto de partida, en la hipótesis de un «inconciente del texto»

1. 2das. Jornadas de Literatura y Psicoanálisis. Memoria Sujeto y Escritura APU, 2-4 de setiembre de 2005

* Miembro Titular de APU. Montevideo, Br. Artigas 1414 Apto. 101, C.P. 11300.
E-mail: porras@chasque.net

distinto del inconciente del autor, aún si se produce a partir de él»

“La escritura nos reenvía (a los analistas) a las representaciones preconcientes, permitiendo a través de éstas deducir con la ayuda de indicios, la fantasía inconciente.” (Green, 1971, p.8, Porras, 2000)

Siguiendo estas conceptualizaciones señala Pingaud (1976); *“ya que el texto es el guardián del fantasma, que él incorpora, anexa, manipula para hacer de ello su sustancia propia, arrancándolo así al vivenciar del autor..”*

En esta dinámica al leer un texto, es lo que es necesario seguir cuando la sorpresa, o *“una inquietante extrañeza”* nos asalta, cada cual se sorprenderá de algún modo.

Estas escenificaciones como figuras poéticas, hacen *“oír”* en otro registro, *trazas* en la escritura, del fantasma inconciente, y para ello es necesario *“hacer una desligazón delirante del texto”*. (Green, p.8)

En este caso la legitimidad de la interpretación psicoanalítica está dada, como lo señala Green (1971, p.15) *“por la subordinación de la crítica psicoanalítica a la práctica del psicoanálisis y desde ese lugar marca la accesibilidad a los fenómenos inconcientes...”*

Señala Saramago (1993-1995) que: *“Son tan “reales” los hechos que llamamos realidad, como “reales” son los efectos de una ficción. (p.488)”*.

El texto de la novela de O. Moreira, me permite testimoniar sobre *“el texto como guardián del fantasma”* en que me vi involucrada, y que involucré al autor a que me respondiera en la realidad

El poder de la escritura de hacer revivir en todos los detalles, lo que está sucediendo en una escena, intrincando la subjetividad del personaje en un insight, - el *“darse cuenta”*- el resolver un conflicto en una *“ocurrencia”* (Einfall) - que comprende en una condensación la historia del protagonista, donde el autor escribe pero no escapa a las implicancias personales. Apreciar los valores inconcientes mostrado en el *“discurso literario en un après-coup”*,

que en este caso son del protagonista (Rodolfo) donde irrumpe en la narrativa su subjetividad mostrando el retorno de lo reprimido y la resolución del conflicto.

El “toque de gracia” que me produjo el texto tiene la estructura condensada de una formación del inconciente “inconciente del texto”, que desborda el estilo narrativo de la narración en la acción.

Esta introducción surge en un *après-coup* sobre un punto de la novela “*Fuego rebelde*” que cambió el plano de registro de mi lectura, plano éste en el que fui a “bucear” a su fuente, el autor Prof. Omar Moreira.

El hecho arrasó mi atención de la acción, a la subjetivación del personaje, que modificó mi interés involucrándome afectivamente, y tocando aspectos como los que surgen en una escucha analítica, cuando el paciente se sale de “su libreto acostumbrado”.

En este caso fue la utilización de la primera persona para restituir el flujo de pensamientos con un fuerte tenor afectivo frente a la muerte, que convoca otra muerte y remite a la historia familiar. Esquema edípico fundado sobre el colapso de la diferencia de generaciones en la que han quedado atrapados los personajes: Conrado, el padre, Luis su hermano, y el hijo-protagonista Rodolfo.

A modo de Introducción:

“Capítulo I” (1904)

“La colonia se conmovió esa lenta mañana del primero de enero de 1904.

-¿Son los blancos? –interrogó muy quedo, con ansiedad y temor, Carlos Guillermo, un muchacho de unos quince años.

- Son los blancos –asintió Rodolfo, hermano mayor, con aparente frialdad.

Se habían corrido por dentro del maizal hasta las proximidades del camino y desde allí, en silencio, observaban al grupo de jinetes que iba rumbo a San José; marchaba delante un hombre en un tordillo, grave, enmudecido, poncho blanco a franjas celestes, un sombrero blanco rodeado por un cintillo celeste con una leyenda en letras blancas, golilla y bombachas blancas”.

Así comienza la novela que gira alrededor de los acontecimientos de la batalla de Massoller, pero con un perfil que incluye la historia de los primeros emigrantes de la “colonia” (¡sí! con minúscula), ya que se trata de los colonos emigrados de Suiza que arribaron a Montevideo y siguieron hasta la costa del departamento de Colonia, donde desembarcaron en la Boca del Rosario y es desde lo que allí aconteció con esos colonos y sus familias, que le permite darle a Omar Moreira, a la novela un sesgo muy particular asentado en una ficción-realidad, ya que *personajes – lugares* signan una identidad particular, que le da al movimiento de esta patriada, un valor documental dado la calidad de *investigador histórico y antropológico* que ha sido parte de sus variados intereses que se pueden ver en sus importantes publicaciones referidas a la zona, así como los aledaños de su pago Nico Pérez.

Estas notas que presentaré, se refieren al personaje alrededor del cual se desarrolla la historia de una familia. Voy a presentar un fragmento del texto (pág.74), que me conmovió profundamente, y me llevó a llamar por teléfono al Prof. Moreira.

“-Le pregunté, el por qué de ese acontecimiento y las reacciones y pensamientos del personaje, que me representó más una elaboración psicoanalítica de un analizando o de un analista, ya que surgía bruscamente en el texto difiriendo del resto de la narración.

Frente a mi pregunta se hizo un silencio, y luego tomó la palabra:

“-Sabe- me dijo -, yo me estuve por ahogar cuando era chico y en ese momento pensé la pena que tendría mi padre”.

Desde allí es que surgen mis consideraciones. En primer término transcribo parte del texto y mis apreciaciones, y luego *la misiva que a posteriori* el escritor me envió sobre la *construcción de dicho pasaje* que justificaron ampliamente la inquietante extrañeza que me había invadido.

“Se dirigían a Tupambaé, a llevar un mensaje Santiago y Rodolfo (el protagonista)...

“Se apearon, desenfrenaron y volvieron a montar. Distinguíase la otra orilla en penumbra y Rodolfo, sin pestañear, contuvo la respiración al mirar las aguas rápidas. Su mente estaba casi en blanco, era pura espontaneidad. Los caballos mojados “cambiaban las orejas” como si estuvieran por “largar”. Palméandolos por el pescuezo los tranquilizaban. Acorralaron a los dos libres. Olfateaban el agua, entrando y retrocediendo daban manotazos y resoplidos, miraban la corriente y, como si hubieran visto un carpincho, se volvían bruscamente. Allá en medio del paso, las aguas más ligeras llevaban palos, resacas, en rápidos y pequeños remolinos.

Y junto a ellos, al abrirse el agua de la ensenada, sobrenadaban, quietos ahora -maderos, palitos, semillas, suciedades-, resaca que venía siendo arrastrada entre la espuma hacia fuera.

Atropellaron a los animales sueltos, castigándolos; Santiago se tiró tras ellos, dirigiendo su caballo con el bozal y a palmadas en el pescuezo, las piernas encogidas y apretando el máuser con el muslo izquierdo contra el recado. Los caballos delanteros se hundieron hasta el encuentro, algo más adelante se levantaron en un banco de arena y desde allí, quietos, miraban la violenta correntada del canal. A ellos se acercó Santiago, seguido de Rodolfo, también hicieron pie.

Hasta allí llegaba la frontera de la calma.

Volvieron a empujar a los caballos, los castigaron y cayeron, ahora sí, en el turbión. Se sumergieron hasta el lomo y empezaron a nadar. Santiago se tiró bien volcado hacia la izquierda del paso, para contrarrestar el efecto de la corriente. Se dio coraje con un “Abajajaaaá”, como si se le hubiera remolineado una tropa. Rodolfo en el instante en que quedó solo contemplando la lucha, se entregó a los temores, a los pensamientos trabajosamente contenidos. **El recuerdo de la muerte de Luis (el hermano de su padre) en el agua volvió, pero ahora como revelación de una misteriosa coincidencia, como si tuviera el significado de una trampa que demoró muchos años en entender, como si pensarán**

y se aterrorizaran dentro de sí, el hijo y el padre. Lo paralizó un acobardamiento que no era suyo sino de aquél. Se le heló el corazón. Confusa y misteriosamente se sintió por primera vez cerca de su padre. Pero en medio de la turbulencia gritaba Santiago animándolo:

-¡Azótese, compañero! ¡Azótese!

Al grito del camarada logró sobreponerse a aquel abismo interior, se le fue el frío de la raíz de los cabellos, el agarrotamiento de la garganta, y entonces pudo respirar. (p.74-75)”

Estas peripecias entre el lector y el primer comentario del autor, me llevaron a repasar el comienzo de la novela, donde allí “*comprendí*”, desde el punto de vista literario el conflicto del personaje con el padre y de éste con aquel, dando pie a un “*mito de origen*” en estas tierras.

El barco que traía a los emigrantes llegó a las costas de Colonia cuarenta y dos años antes.

“El 16 de febrero de 1862, esperaron todo el día en la Boca del Rosario a que subieran las aguas del río. La costa estaba a pocas cuadras; reverberaba el sol en los arenales, sostenidos, allá, por una vegetación achaparrada. Grandes árboles en la desembocadura del arroyo desparramaban frescura; y extensos bancos de arena que habían quedado al descubierto, lentamente eran recuperados por las aguas que empezaban a subir. En el río tranquilo no se levantaba una ola y el silencio era total. A la tarde todos en la borda observaban la costa pregustando el desembarco. Ya habían olvidado las lágrimas de quienes los despidieron seguros que no los verían más, de que caerían en manos de los indios. Quizás sólo alguna mujer o un niño recordara aquellos temores.”

Un golpe en el agua quebró tanto silencio, paralizó o borró tantas sonrisas: Luis nadaba bordeando el barco. Pero luego, al verlo bracear derecho a la playa, comprendiendo su intención, todos reían. Sacaba los brazos en forma serena y acostaba la cabeza sobre la superficie. Los que miraban parecían sentir, bajo sus pesadas ropas, el fresco del agua. Alguien empezó a cantar pero la canción se cortaba porque las miradas lo detenían; insistiendo

la reiniciaba. Ya lo veían afirmando el pie en un banco de arena no lejano. Todos pensaban –y más de uno lo deseaba para sí– que Luis quería ser el primero en pisar la arena, tal vez lo había decidido desde la partida en secreto. A Conrado, (que era el padre de Rodolfo y el hermano de Luis) se le apretaba el corazón.

- Er ertrink - advirtió un colono, como si pudiera prevenir lo peor.

- Sí, se ahogará - murmuró un marinero.

- Er ist verschwunden –concluyó él angustiado, cubriéndose los ojos con las manos.

- Desapareció –asintió el marino luego que contempló la agonía.

Luis comenzó a hundirse, las aguas tan tranquilas se agitaron a su alrededor, apareció una mano buscando, en vano, asidero y ya no sacó la cara al aire. Nadie pudo hacer nada con él.

A cerrarse las aguas apenas quedó un rizado²...

...-Después de lo vivido ya nadie deseaba ser el primero en pisar tierra. Un viejo prusiano, como al descuido, sin llamar la atención, se adelantó. Conrado descendió con aquella pequeña que al querer caminar en tierra se derrumbaba, y el muchacho disimulaba su desvalimiento amparándola.

A los tres días el río arrojó a la costa el cuerpo de Luis. Los piemonteses valdenses, ya instalados en la colonia agraria, lo enterraron en su propio cementerio -muy nuevo- y le rindieron el oficio religioso (p.9-10)". (...)

“Conrado se casó, tuvo cuatro hijos, una de las comunes epidemias de tifus les llevó los dos primeros, un casal, y sobrevivieron Rodolfo y Carlos Guillermo. (p.10)”

“Los pensamientos de Conrado tienen siempre presente a su hermano Luis que no puede dejar de identificar y confundir con su hijo Rodolfo. (p.7)”

2. A Conrado le quedó en el camarote el ligero equipaje de Luis: un poco de ropa y sus herramientas de carpintero, de un oficio en el que se apoyaba para continuar sus andanzas, en especial aquel martillo con un Luis Wild grabado a fuego en el cabo de madera que él todavía conserva. Allí terminó el embrujo sobre él y más que nunca sintió la nostalgia del puerto seguro de sus padres, la casa el aire familiar.

Es en este après-coup de la lectura que se entiende el pensamiento de Rodolfo a punto de morir ahogado, él también sentía que estaba en ese lugar y en el momento de peligro por una misma muerte, se rescata de su identificación sostenida por la identificación proyectiva de su padre Conrado, en una escena de compulsión a la repetición mortífera inconciente, debida al lugar que su padre le había asignado.

“Rodolfo quería enrollarse a la patriada, el padre veía en él los rasgos de su hermano Luis:

“...En alguna oportunidad, en vez de estar en la tarea encomendada, los encontró (a Rodolfo y un amigo) “abarajando”, con puñales de madera y punta tiznada.

-¡Luis! –estuvo a punto de gritarle, denostándolo, pensando así detenerlo.

-¡Maldita costumbre! –clamó finalmente.”

(.....) Y en otro momento, piensa el padre de su hermano-hijo

“Y ahora que la revolución había “reventado”, el muchacho se había vuelto solitario, huraño y pensativo. Su mirar era el de un aventurero

- Luis ... Luis... –meditaba, preocupado, don Conrado.

Hacía un tiempo que había tenido la revelación: al caer la tarde estaban trabajando en dos arados. Rodolfo en una melga con una yunta de bueyes y el padre en otra con una yunta nueva. El muchacho por hacer descansar a los animales, al final de un surco se quedó mirando el horizonte, con los ojos entrecerrados en actitud de lejanía. Y tuvo el padre –quizá por el cansancio de balancearse entre los terrones desde la mañana- un pensamiento loco, como tantos que un hombre normal, aunque algo desvigilado deja entrar. Creyó, cuando lo vio mirar como venteando, que no araba en compañía de su hijo sino de su hermano Luis. Se llenó de terror.

Sí. Así miraba Luis a bordo del barco que los trajo, achicando los ojos, sin parpadear. El mirar de Rodolfo, como antes el de Luis, no era el mirar de un chacarero ni el de un tambero. (p.7-8)”

Pero el autor como vimos tiene también algo para decirnos sobre ese fragmento de la novela y su construcción del texto que

van más allá de una narrativa, y que han tenido proyección sobre el lector.

Esta es la respuesta del Prof Omar Moreira, que me envió por escrito luego de mi pregunta telefónica sobre las reflexiones de Rodolfo frente a la turbulencia sobre su caballo y el peligro de muerte.

Omar Moreira:

-“Para escribir el pasaje elegido de Fuego Rebelde, previo a la batalla de Tupambaé, la más sangrienta de nuestras guerras civiles, necesitaba llevar un mensaje desde Nico Pérez al arroyo Avestruz afluente del Olimar Grande. El comandante eligió a Rodolfo, el protagonista, y le dio por acompañante a otro joven, un “gaucho”, como baqueano. Hice concurrir a ese escenario de la travesía y en medio de esos días de lluvia como me lo decían los datos de la crónica, todo lo que conocía, de esa topografía. En el último vado, ya río Olimar, tenía que suceder algo, por necesidad de la narrativa, para que la experiencia o peripecia transformara interiormente al personaje.

En general para momentos importantes en lo narrativo procedo a partir de imágenes.

-Describo los puntos relatados para su mayor claridad ya que sobredeterminan la escena.

En primer término señala:

“Para esta circunstancia tenía la evocación de una vez que “tiramós” (él y su hermano) unos animales, por necesidad, en uno de esos pasos que estaba saliendo de madre y recordaba muy vivamente la visión de las aguas ligeras en el cauce. Y la sensación el olfato y gusto del peligro. De riesgo inminente.

El elegido para “azotarse” en el recuerdo –expresión paisana casi insustituible- era mi hermano que había elegido un caballo que ya sabía que era nadador. Cuando se precipitaron los animales fueron arrastrados por la corriente y sólo salieron del otro lado algunos pocos. Esa era una imagen de la que partí para la acción.

Continúa en cómo ensambló el proceso de creación, y sus repercusiones subjetivas como autor.

“En la novela hice salir airoso a uno de los jinetes y el otro, el protagonista, (Rodolfo) fue arrastrado. Ahora el personaje estaba solo y en medio del torbellino. Vinieron a él vivencias más lejanos.

De algún modo yo, autor, estaba viviendo sus sensaciones. En el proceso de creación, una madrugada me desperté sorpresivamente y me asaltó, una experiencia vivida cuando niño.

Tendría unos 10 u 11 años y juntábamos ovejas a caballo con mi padre en un campo bastante quebrado y con pedregales y arboledas. Formaba cañadas que daban tantas vueltas.

Era un largo atardecer de verano. Mi padre cabalgaba por un lado y yo por otro a dos o tres cuadras de él. Los animales agrupados seguían sus caminos.

Resolví bañarme en la cañada en un pozo relativamente hondo para mi niñez. Sospecho que siempre hubo en mí una atracción por la vida al borde del riesgo en un ámbito que eran serranías: montes, arroyos, cañada, víboras, pero también inclinado a otras experiencias que llevaba a crear el riesgo como enlazar animales grandes campo afuera.

Aprendía a nadar arriesgándome hasta determinada piedra: afirmaba las manos en ella y volvía a la orilla de la que había partido. Hasta que por un momento resbalé en los musgos de la piedra en la que asentaba las manos y perdí el dominio. Sentí el estremecimiento. La sorpresa. Me hundía y flotaba. Tragaba agua. Estaba solo. Me llegó la desesperación, hasta vivir el terror. Todo se fue aquietando. Empecé a sentir tristeza que no era mía era por o de mi padre del que sentía su voz juntando las ovejas. Me imaginaba que cabalgaba totalmente ignorante mientras yo me ahogaba. Como si me metiera en él y empezara a abandonarme.

Pero el mismo movimiento del agua me llevó a manotear unos pastos de las orillas. Nuevamente sentí sorpresa.

De ahí en adelante me asusté.

Y finaliza con este “recuerdo encubridor”.

“Quizá, vaya uno a saber, si pensaba, o recordaba que siendo

niño aún más chico, de tres o cuatro años me había caído en un baño de animales y mi padre se tiró casi simultáneamente y me levantó desde abajo de las ovejas.”

Tres escenas convocadas en la creación dan lugar a una condensación, al modo de un sueño, punto nodal, que da cuenta de una construcción literaria, que por su contenido altamente sobredeterminada captó mi atención “*desvigilada*” en la lectura de la novela.

NOTA . Biografía de Omar Moreira

El Prof. Omar Moreira nos dice que “Nació en lugar y tiempo adecuado: 1932 y Puntas del Cordobés-Durazno- pero mi paisaje familiar es el de las serranías de Treinta y Tres. Estas condiciones me permitieron vivir la libertad y el conocimiento de los peligros. Una sociedad rural. Sin embargo ahí “enganché” el ser lector de libros. Mi mundo nació ampliado. Luego vivir en un pueblo pequeño –Batlle y Ordóñez-Nico Pérez- una intensa vida liceal con profesores muy cultos, periodismo estudiantil, vida gremial, deportiva. Comienzo del escritor: Experiencia en Montevideo: bachillerato en IAVA de posguerra con el hervor ideológico, político – tercera posición...-.”

Obtuvo el primer premio y una mención en el concurso de cuentos de la Asociación de Estudiantes y el resultado afirmó su vocación. Tuvo tempranas publicaciones en *Marcha* y *Asir*.

Reconoce dos magisterios el de Domingo Bordoli y Paco Espínola en la forma de bucear en los personajes y acciones literarias. Señala que “El saber leer era un camino para el crear sobre el mundo emocional y social. Su admiración por tantos escritores entre ellos J.J. Morosoli, F. Espínola, el Gabriel García Márquez del *Coronel no tiene quien le escriba*, L. Tolstoi, A. Chejov, W. Faulkner, Saramago.

Cursó la segunda generación del IPA en literatura: se relacionó como oyente a clases de Facultad de Humanidades. Su vida de

profesor comenzó en San Carlos, Montevideo y luego por concurso Nueva Helvecia y C. Valdense .

Fue destituido en la dictadura de su cargo de Director, resolvió vivir de “sus manos”, como tal se designa “artesano”.

Al reingresar a Secundaria en dirección liceal y luego de inspector de Institutos y Liceos –ambos por concurso- conoció todos los cargos por dentro. La experiencia fue contada en el libro *Un Liceo Abierto*.

El vivir el proceso de redemocratización al frente de un liceo fue un privilegio para protagonizar riquísima experiencia colectiva: lo individual y lo plural en un centro tan sensible como es un centro de educación secundaria. Inspector de Secundaria que lo llevó a conocer a todo el país.

En los últimos años fue Director de Cultura en Colonia que le dio *la visión de un departamento atípico*.

En este momento trabaja como Presidente del Consejo Ejecutivo Honorario en Colonia.

De sus múltiples escritos destaca que: “ Lo más íntimamente que siento son los cuatro libros: Fuego Rebelde, Rosendo y sus manos (novelas); La Rodaja de la Espuela y Voces en el Viento (cuentos).” Actualmente escribe una novela histórica.

Esta información me la envió personalmente pero omitió lo siguiente que yo adjunto de su valioso curriculum en investigación histórica como: “Crónicas del Rosario (I, II, III, IV, V) . Colonia del Sacramento (con Miguel Angel Odriozola), Montevideo, Banda Oriental, 1984 y otros.

Resumen

Fuera de la Ciudadela.

El escritor, la literatura, el psicoanalista, (y) el psicoanálisis

Luz María Porras

Este texto es el resultado de una intertextualidad entre: la novela, el lector analista y el autor de la Novela. Es desde allí que

se produce una intrincación entre la lectura del analista que lo lleva a interrogar el por qué de una situación subjetivante, que escapa al estilo en ese momento de la acción. El diálogo enriqueció el texto y mostró el entramado de cómo un escritor hace un armado de la escena con acontecimientos de su vida intrincados en distintas temporalidades, relatando que mientras escribía la novela surge un “recuerdo encubridor” de la infancia que da cuenta de los efectos del inconsciente en el texto y en la “*escucha lectura*” del analista *Fuera de la Ciudadela*.

Summary

Out of boundaries. Writer. Literature. Psychoanalysis.

Psychoanalyst.

Luz María Porras

This text is the result of the inter-relation between the novel, the reader-analyst and the author of the Novel. As from there, the analyst's reading intricates and leads to an interrogation about the reason for a subjective situation which changes the style in that moment of action. The dialogue enriched the text and showed the network building up the scene, intricated with events from his life: a childhood screen-memory showing the effects of the unconscious in the text and in the "listening-reading" of the analyst "out of boundaries" (*Fuera de la Ciudadela*).

Descriptores: LITERATURA / PSICOANALISIS

Descriptores propuestos: SUBJETIVACION

Bibliografía:

FREUD, S. (1900) La interpretación de los sueños. Amrrortu Editores
Arg, 1979

- GREEN, A (1971) *La déliaison*. En *La déliaison*. Les Belles Lettres, France, 1992
- (1973) *Le double et l'absent*. En *La déliaison*. Éd. Les Belles Lettres, 1992, Paris
- MOREIRA Omar (1969) *Fuego rebelde* (novela), Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 2da. Edición corregida, junio 2004.
- PINGAUD, B. (1976) *Omega*. En *Du Secret. Nouvelle Revue de Psychanalyse* N°14, Gallimard, France, 1976.
- PORRAS DE RODRÍGUEZ, L. M. (2000) Figuras del duelo en “Las Contemplaciones” de Víctor Hugo.- 1er. Congreso Uruguayo de Psicoanálisis y 11as. Jornadas Científicas , *Los duelos y sus destinos*, mayo 2000 Montevideo, Publicación del Congreso pp 80-97.
- SARAMAGO, J (1997) *Cuadernos de Lanzarote* (1993-1995), Alfaguara, 1998, p488.
- VALÉRY Paul (1998) Citado por Olivier Rolin en “Goncourt des lycées: un atelier d'écriture” (pag .93) en “*Magazine littéraire* N°370, Nov. 1998” France